

Escrito por Lucas Sichel

En la mañana de la feria, el sol brillaba con fuerza sobre Santiago, bañando la comuna de Colina en una luz dorada. A pesar de los consejos y advertencias de sus amigos, Gabriel se despertó temprano, determinado a descubrir el misterio detrás del nuevo juego que tanto revuelo había causado.

La plaza, habitualmente un lugar de encuentro y alegría tenía una atmósfera diferente ese día. Una mezcla de expectación y nerviosismo flotaba en el aire. Las familias que solían conversar y pasear a sus perros parecían hoy más distantes, sus conversaciones giraban en torno a la feria y al enigmático juego.

Al llegar, Gabriel notó que la fila para el nuevo juego era inusualmente larga, serpenteando a través de la plaza. A pesar de la espera, su curiosidad no flaqueó. Finalmente, llegó su turno. El juego, una estructura imponente y oscura, no se parecía a nada que hubiera visto antes. Un letrero en la entrada advertía: "No apto para corazones débiles".

Dentro, Gabriel se encontró en un mundo completamente diferente. Las luces parpadeantes y los sonidos estridentes creaban una atmósfera opresiva. Avanzó, cada paso incrementando la sensación de que algo no estaba bien. Pronto, se dio cuenta de que el juego no solo era una atracción física, sino que jugaba con la mente de sus participantes, sumergiéndolos en sus miedos más profundos.

La experiencia se volvió cada vez más intensa, y Gabriel sintió que la línea entre la realidad y la pesadilla se difuminaba. Imágenes de sus amigos, Andrés, Raimundo y Facundo, aparecían distorsionadas, mezcladas con escenas grotescas y perturbadoras.

Cuando finalmente salió, el mundo parecía haber cambiado. La plaza estaba silenciosa, los rostros de la gente reflejaban una mezcla de terror y confusión. Gabriel buscó a sus amigos, necesitaba saber si ellos habían experimentado lo mismo, pero ninguno estaba a la vista.

Regresó a casa, su mente todavía procesando lo vivido. Esa noche, mientras intentaba dormir, los límites entre sueño y vigilia se volvieron borrosos. Escuchó voces susurrantes, risas distantes, y sintió una presencia inquietante en su habitación.

En esa mañana inusualmente silente tras la feria, Gabriel se encontraba sumido en un mar de dudas y temores. No podía apartar de su mente las visiones distorsionadas y los sonidos que

habían invadido sus sentidos dentro de aquel juego maldito. Aunque intentaba convencerse de que todo había sido un producto de su imaginación, la persistente sensación de desasosiego le decía que la realidad que había experimentado era demasiado vívida para ser solo una ilusión.

Decidido a encontrar respuestas, Gabriel comenzó a investigar. Su primer paso fue visitar la biblioteca local, donde se sumergió en la historia de la feria y su enigmático dueño. Descubrió que la feria había sido un evento recurrente en Colina, apareciendo cada década con nuevas atracciones que dejaban a la comunidad al borde del colapso entre la curiosidad y el miedo. Pero nunca antes se había mencionado un juego como el que él había experimentado.

Gabriel también se reunió con expertos en lo paranormal, buscando explicaciones más allá de la lógica. Uno de ellos le sugirió que el juego podría ser un portal a otra dimensión o un conducto para experimentar los temores más profundos del subconsciente colectivo. Esta teoría resonó en Gabriel, quien no podía sacudirse la sensación de que había tocado algo fundamental y oscuro en la naturaleza humana.

Mientras tanto, en la plaza, los cambios eran sutiles pero palpables. Los vecinos se mostraban más distantes, las conversaciones eran susurros cargados de ansiedad, y los perros parecían inquietos, como si percibieran un peligro invisible. Gabriel se dio cuenta de que no solo él había sido afectado; la feria había dejado una huella invisible en toda la comunidad.

Una noche, mientras Gabriel intentaba dormir, una revelación lo sacudió: ¿y si el juego no solo afectaba a quienes entraban en él, sino que también se alimentaba de las emociones de toda la comuna? Esta idea lo llevó a una nueva misión: debía encontrar al dueño de la feria, el único que podría tener las respuestas.

Su búsqueda lo llevó por caminos oscuros, entre leyendas urbanas y rumores sobre sectas y rituales antiguos. Finalmente, en una noche sin luna, Gabriel se encontró frente a frente con el dueño de la feria, un hombre de aspecto enigmático cuya presencia irradiaba una oscuridad insondable.

—¿Qué has hecho con nosotros? ¿Qué es ese juego? —exigió Gabriel, su voz temblorosa pero firme.

El dueño sonrió con una calma perturbadora, sus ojos brillando con un conocimiento prohibido.

—No es lo que he hecho yo, sino lo que ustedes, los habitantes de Colina, han alimentado. El juego es simplemente un espejo, reflejando y amplificando las sombras que cada uno lleva dentro. Tú, Gabriel, has visto lo que temías y lo que deseabas en las profundidades de tu ser.

Gabriel sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. Las palabras del dueño resonaban con una verdad que él temía aceptar. El juego no era una maldición impuesta desde fuera, sino una manifestación de los miedos y secretos más oscuros de la comunidad.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo podemos liberarnos de esto? —preguntó, una mezcla de desesperación y esperanza en su voz.

—La feria se ha ido, pero su eco permanecerá mientras ustedes permitan que sus sombras dicten sus vidas. Solo enfrentando y aceptando esas partes ocultas, Colina podrá encontrar la paz.

Con esas palabras, el dueño de la feria desapareció en la oscuridad, dejando a Gabriel con más preguntas que respuestas, pero con una nueva determinación. Regresó a la comuna, decidido a compartir su descubrimiento y ayudar a sus vecinos a enfrentar y sanar las heridas abiertas por el juego.

Aunque el camino sería largo y arduo, Gabriel sabía que la verdadera batalla no era contra un juego maldito, sino contra los temores y secretos que cada persona, incluido él, escondía en lo más profundo de su alma. La feria podría haberse ido, pero su lección permanecería, un recordatorio de que el verdadero terror se encuentra no en las sombras externas, sino en las que anidan en el corazón humano.

Gabriel se convirtió en una especie de guía espiritual para la gente de Colina, ayudándoles a confrontar sus miedos internos y a encontrar un camino hacia la sanación. A pesar de sus esfuerzos, una sensación de inquietud persistía en la comunidad, como si la feria hubiera dejado una cicatriz imborrable en el tejido mismo del lugar.

Una noche, un año exacto después de la feria, Gabriel despertó sobresaltado por un sonido familiar: el tintineo distante de la música de la feria. Creyendo que era un eco de sus

pesadillas, salió a la plaza, solo para descubrir que no estaba soñando. La feria había regresado, sus luces parpadeantes y su música alegre resonando en el silencio nocturno de Colina.

Gabriel corrió hacia la plaza, su corazón latiendo con un temor que no había sentido desde aquel día. Allí estaba, el mismo juego siniestro, erigido en el centro como una torre desafiante. La gente de la comuna, como hipnotizada, se acercaba a él, arrastrados por una fuerza que parecía más allá de su comprensión.

En ese momento, Gabriel entendió la verdad aterradora que el dueño de la feria le había revelado: el juego era una manifestación de sus propias sombras, alimentado por los miedos y deseos ocultos de la gente de Colina. No podían escapar de él porque formaba parte de ellos mismos.

Dándose cuenta de que debía actuar rápido, Gabriel se abrió paso entre la multitud, decidido a destruir el juego antes de que consumiera a la comunidad una vez más. Pero cuando puso un pie dentro de la estructura, la entrada se cerró tras él, atrapándolo en su interior.

Desde fuera, los habitantes de Colina vieron cómo el juego comenzaba a desmoronarse, emitiendo un rugido ensordecedor. Las luces parpadearon con intensidad antes de extinguirse, y un silencio abrumador cayó sobre la plaza.

Cuando finalmente se atrevieron a acercarse a los restos del juego, encontraron a Gabriel, o lo que quedaba de él: una figura petrificada, su rostro congelado en una expresión de terror absoluto. Había dado su vida para liberar a la comuna de su maldición, convirtiéndose en una leyenda, un recordatorio constante de la batalla eterna entre la luz y la oscuridad en el corazón humano.

La feria nunca volvió a Colina, pero las noches de luna llena, algunos juran escuchar débilmente la música distante y las risas fantasmales, como un eco de un pasado que nunca se borra completamente.

Fin